

Jeffrey D. Sachs

El fin de la pobreza. Cómo lograrlo en nuestro tiempo

Barcelona, Debate, 2005

Jeffrey Sachs, Director del Instituto de la Tierra de la Universidad de Columbia y Consejero Especial del Secretario General de la ONU para la Estrategia de Reducción de la Pobreza del Milenio nos ofrece en un solo y mismo texto un manifiesto a favor de una globalización del capital(ismo) «con rostro humano» y un alegato en pro del retorno del pensamiento económico a la Economía *Política* a escala global. Atender a cómo un economista sobresaliente, miembro destacado de la élite académica mundial, ejecuta un ejercicio de contorsionismo y acrobacia «más difícil todavía» para tratar de conseguir cambios sustantivos globales sin cambios estructurales en el sistema económico puede parecer una actividad peregrina, pero no es baladí.

En apoyo de esa idea presenta un estudio de caso práctico, de ambición paradigmática y relevancia humana sin parangón: cada año mueren millones de seres humanos por causas evitables relacionadas de algún modo con sus míseras condiciones de vida. Si se alcanzaran los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) —con los que el mundo se comprometió unánimemente hace un lustro largo— la pobreza extrema podría reducirse a la mitad en 2015 y desaparecer hacia 2025 —aunque sería mejor escribir «habría podido», dado que es un hecho que los objetivos *no* van a cumplirse—.

Entiéndase, no se trata de acabar con *toda* clase de pobreza, ni de reducir la distancia de renta entre países o clases, ni de asegurar una prosperidad universal —y nada de igualdades utópicas—; lo *posible, con los medios disponibles y en un plazo de dos décadas*, es que nadie más *mueva* por la insuficiencia o la injusta distribución de los recursos allí donde habita. La gran traba para lograr semejante empeño es la indolencia disfrazada de escepticismo; pero existen precedentes de causas filantrópicas globales que triunfaron: el abolicionismo, el anticolonialismo, el movimiento por los derechos civiles en EEUU y el fin del *apartheid* en Sudáfrica, la erradicación mundial de la viruela y, casi, la polio, los avances en supervivencia materno-infantil, en vacunación e inmunización, en difusión de la planifi-

cación familiar y en la lucha contra las «enfermedades de los más pobres», sin olvidar iniciativas como el *Grameen Bank*, galardonado con el premio Nobel, que a la concesión de micro créditos en efectivo ha añadido recientemente el *leasing-venta* de teléfonos móviles «comunitarios».

Además, hay sólidos motivos utilitarios para respaldar esta causa: para empezar, restauraría el liderazgo moral de EEUU, perdido por el unilateralismo belicista de su Administración y mejoraría su seguridad al paliar el descontento de las masas pobres —el éxito en la contención del comunismo en Europa atribuido al Plan Marshall sería un buen precedente: y el esfuerzo financiero ahora requerido es nada menos que diez veces menor—. Además, si los más pobres logran una autosuficiencia sostenible serán una carga menor o nula para el sistema internacional en términos de futura ayuda (salvo emergencias), podrían prosperar por sí mismos y devenir futuros socios comerciales y, bien gobernados y liberados de la deuda impagable, acudirían de nuevo a los mercados financieros a proporcionar beneficios a los prestamistas privados.

No hay cinismo en la exposición de estos argumentos por parte de Sachs; cree lo que dice. El relato que hace de su propia carrera —una vida asesorando reformas de mercado: Bolivia, Polonia, Rusia, China, India, África— roza a veces la autohagiografía (es un hombre con una verdad y una misión) pero es sincero cuando afirma del Movimiento por Otra Globalización que es la más dinámica y firme expresión de la conciencia moral global (aparte su sesgo anti-empresarial y anti-capitalista, que atribuye al desconocimiento y al mal ejemplo ocasional de algunas compañías) y critica de buena fe las devastadoras políticas del FMI en la «era del ajuste estructural», al que propone reformar para ponerlo al servicio de la «estrategia global de la ONU para la eliminación de la pobreza extrema». Si su franco economicismo choca es porque está en su elemento siguiendo el consejo que le diera Gro Harlem Brundtland (quien acuñara el término «desarrollo sostenible»), entonces al frente de la OMS: «Me dijo: “Si quieres llamar la atención de alguien sobre las crisis sanitarias de África, háblales de dinero. Ayúdales a comprender los costes económicos de las enfermedades epidémicas, así como los entresijos económicos del control de la enfermedad. Pero, sobre todo, propón soluciones prácticas que se basen en un énfasis riguroso en los costes y beneficios económicos”». (p. 292) Así es hoy el mundo de los altos gestores de grandes organizaciones mercantiles, humanitarias, diplomáticas, gubernamentales, etc.

Su análisis de las causas de la persistencia, y la superación, de la pobreza extrema es impecablemente ortodoxa: las sociedades desarrolladas son fruto de un crecimiento económico prolongado y acumulativo producto de avances organizativos y tecnológicos; los países pobres no lo son por causa de la explotación colonial-imperialista sino de lesivas circunstancias climatológicas, edafológicas, epidemiológicas o geográficas que les han impedido comenzar a subir la «escalera del desarrollo», realizando una primera acumulación de capital capaz de incrementar su productividad hasta el punto en que su producción no se consuma íntegra en la supervivencia de la población —cuyo peso aumenta la explosión demográfica—

y en evitar el deterioro del capital artificial y natural disponible, sino que procure un excedente que permita mejorar su capital humano y adquirir nuevas tecnologías más productivas vía compra de patentes, inversión exterior, ingeniería inversa o desarrollo autóctono. Sachs afirma rotundamente que existen soluciones técnicas *probadas* para todos los obstáculos al desarrollo de los más pobres excepto uno: la ruindad de los ricos. La «buena nueva» que su libro anuncia es que ese problema puede solventarse hoy.

Para que los más pobres inicien la dinámica de crecimiento e integración especializada competitiva en los mercados mundiales de la que se derivaría, con la prosperidad, la transición demográfica y el fin de la trampa de la pobreza, necesitan un capital inicial que —digan los que digan los neoliberales fanáticos, los darwinistas sociales desalmados, los reaccionarios obtusos o los cínicos— *nunca* va a provenir del ahorro interno, de un comercio insignificante, de una inversión privada inexistente ni del «goteo» del crecimiento global en su conjunto. Así pues, es *imprescindible* una transferencia neta suficiente, adecuada y sostenida de capital desde los países ricos, sea en forma de Ayuda Oficial al Desarrollo, sea de sustancial reducción, cuando no condonación total, de la deuda externa de los países más pobres —sin olvidar las aportaciones filantrópicas de los hiper-ricos, tan tradicionales en EEUU, sobre todo si son tan espléndidas como las de los Gates (23.000 millones de dólares al Fondo Mundial para la Lucha contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria, para empezar), George Soros, etc¹. Hay que actuar.

¹ Estas donaciones tienen, en ocasiones, una «agenda oculta» que puede explicar, en parte, por qué ciertas figuras del capital las promueven, unas más y otras menos y otras no. Un ejemplo reciente: el multimillonario Warren E. Buffett, de 75 años, consigue ser noticia de impacto y alcance global al donar el 85% de su fortuna a obras benéficas (prensa, 26.06.2006). Algo sin parangón con quien no lo hace, ciertamente, pero, aunque resulte mezquino, hay que mencionar ciertos detalles: la fortuna que conserva asciende a 6.600 millones de dólares; tras la donación de 31.000 millones de dólares a la Fundación Bill y Melinda Gates, Buffett se convierte en su socio en la dirección de la organización —la cifra se entrega no en efectivo, sino en acciones (que devengan dividendos) de la compañía Berkshire Hathaway; de hecho, se trata de una «fusión» corporativa: la Fundación «absorbe» a la empresa de Buffett—; los 6.400 millones de dólares restantes son para organizaciones benéficas que llevan el nombre de su fallecida esposa o sus hijos, algunos de los cuales son sus directores. No digo que estos fondos no se vayan a dedicar mayormente a «hacer el bien» (promueven la educación en general y de los niños pobres en especial, la planificación familiar, el derecho al aborto, la no proliferación nuclear, la mejora medioambiental y los derechos humanos). Pero el patrón se parece demasiado al de un gran señor de la guerra medieval, un advenedizo elevado desde la mesnada, que, viudo y envejecido, se retira a un monasterio ameno al que dota a cambio de algunos privilegios y que a sus hijos y parientes, a los que no ve defendiendo el patrimonio frente a los depredadores del «dinero viejo» y nuevos arribistas, coloca de abades y abadesas de monasterios que él mismo funda y dota. Algo hay aquí tal vez de Carlos V. O quizás este zorro financiero ha olfateado que la ola de moralismo que empieza a conseguir que grandes empresas asuman cierta «responsabilidad social», y hasta medioambiental (aunque de momento apenas si hagan algo más que actualizar la vieja «beneficencia»), podría llegar a cuestionar la legitimidad del lucro —aunque es difícil creer que pueda llegarse a las *liturgias* obligatorias para los ricos en las polis grecolatinas antiguas— o, más probablemente, que si ciertos desarrollos morales recientes se consolidan el sector no lucrativo podría ser el que experimente mayor expansión en las próximas décadas.

El proceso se divide en cinco fases: diagnóstico diferencial, plan de inversión (presupuesto y calendario), plan económico (que asegure un flujo de ayuda progresivo, adecuado, fiable, previsible y suficiente por el plazo necesario), plan de los donantes (que armonice sus esfuerzos) y plan de gestión pública (que refuerce con formación y medios técnicos una Administración local progresivamente descentralizada bajo el seguimiento y la evaluación de auditores externos independientes y de las organizaciones comunitarias locales para garantizar una ejecución transparente, honrada, eficiente y equitativa).

Los detalles generales de esas fases de planificación, nacional e internacional, son la parte más extensa, experta, enjundiosa y no menos amena del libro. Aquí debe bastar con esto: ésta sería la transferencia altruista de capital más grande, democrática y de la historia (salvo el Plan Marshall). Parte de un proceso deliberativo que reúne a agencias de desarrollo internacionales, ONGD, consultoras privadas y una vasta dinámica de consulta y movilización colectiva local que facilita definir las prioridades locales, aumenta la conciencia pública de la estrategia y moviliza a los grupos comunitarios. La estructura de inversión es similar en todas partes: la clave son las infraestructuras y el capital humano en cinco áreas —desarrollo agrario; salud; educación; energía, transporte y comunicaciones; y agua potable segura e instalaciones de saneamiento—. Los detalles locales concretos son la clave del éxito: hay que presupuestar los costes y prever las aportaciones a lo largo del tiempo. Luego hay que conseguir los recursos financieros necesarios (en total, no superaría el 0,6% del PIB de los países ricos de la OCDE por dos décadas —medio centésimo de nuestra renta—. Estados Unidos podría haber financiado su parte —casi el 50%— sólo con el ahorro que los más ricos obtuvieron de las primeras «rebajas fiscales» de G.W. Bush; el gasto *directo* mensual de la ocupación de Irak equivaldría al 80% de su cuota). Un Banco Multilateral de Desarrollo centralizaría los aportes de los donantes y los entregaría *directamente como suplemento presupuestario* a los Estados para sufragar sus estrategias de reducción de la pobreza nacionales. Dinero en mano, queda ejecutar y sólo una acción colectiva masiva vertebrada por la ONU, a través del PNUD, y de éste por medio de equipos nacionales dirigidos por un Coordinador que gestione la información y coordine a órganos generalistas (FMI, BM) y especialistas (FAO, PNUMA, ONU-Hábitat, FNUAP, UNICEF, PMA, OMS, etc.) puede gestionar una estrategia tan vasta y llevarla al éxito, sumando conocimiento y experiencia disponibles a todos los niveles a la tecnología más avanzada utilizable. Por último, hay que impedir que lo echen todo a perder las reglas de juego de la economía internacional: una AOD inadecuada, el proteccionismo de los países ricos, prácticas financieras globales desestabilizadoras o leyes de propiedad intelectual perniciosas.

Pero lo que instila confianza en su posible éxito es cuánto insiste Sachs en la necesidad de un diagnóstico local específico y *diferencial*, empírico, concreto, minucioso, detallado, bien presupuestado y *ético* y con un plan de seguimiento que evalúe, además del avance hacia los ODM, otras *consecuencias* que pudieren derivarse de implementar la estrategia. Al plantear que la Teoría Económica del Des-

arrollo deje paso una Economía del Desarrollo *Clínica*, asume algo que pocos osan mirar de frente: que la economía es un *sistema complejo*, con un gran potencial de inestabilidad catastrófica y muy sensible a sus condiciones de entorno (internacional, medioambiental, etc.) Véase, como ejemplo paradigmático, su «Cuestionario para la realización de un diagnóstico diferencial» (p. 132 y ss.), un plan de análisis que incluye muchos factores cuya investigación corresponde a la Sociología, la Demografía, la Ciencia Política, la Etnografía, etc. Una Economía *clínica*, que fusione en su práctica esas disciplinas será una Economía Política empírica, situada y pragmática.

La elección de estos calificativos no es baladí. Como buen liberal, Sachs sólo invoca a Karl Popper, pero su enfoque sintoniza sobre todo con el (neo-)pragmatismo estadounidense (especialmente con la obra reciente del filósofo Stephen Toulmin, que constituye una encendida apología de la *razonabilidad* de las ciencias conciliares prudenciales, jurisprudenciales y clínicas, frente a la más implacable que exacta racionalidad de las ciencias analíticas y formalistas)². La afiliación de Sachs queda patente en esta nota: «La Comisión [de Macroeconomía y Salud de la OMS] me brindó una ocasión perfecta para poner a prueba mi hipótesis predilecta sobre la racionalidad colectiva, según la cual si se reúne en una sala a personas con puntos de vista radicalmente opuestos y se fomenta una discusión con datos, estudios de fondo y suficiente tiempo para el debate, se pueden poner en común posturas aparentemente irreconciliables entre los miembros del grupo [...] En el corazón del Proyecto del Milenio de Naciones Unidas reside la deliberación analítica: el proceso de elaborar un enfoque cooperativo para problemas complejos construyendo un consenso en torno a una visión y comprensión comunes de los problemas.» (pp. 292, 317) Cuando, como aquí, la Economía es Política —si alguna vez no lo es— ése es el resultado deseable.

Así pues, los hipócritas pretextos de quienes alegan la corrupción, incompetencia, valores «inadecuados» o «insuficiente capacidad de absorción de recursos» de esos países ya no son de recibo. A día de hoy casi todos son ya «buenos chicos» que asumen y respetan cuanto pueden —a veces un tanto «a su manera», lo que no siempre es errado— el «neoliberalismo keynesianizado»: estabilidad macroeconómica, liberalización, privatización de actividades productivas, y protección social a los colectivos más perjudicados por el proceso. Nunca el «excedente» del Norte había sido tan grande ni más amplia y sincera la disposición a colaborar honradamente en el Sur. Es el momento de ganarse a la opinión pública y actuar.

Con la combinación apropiada de activismo político por parte de los países pobres (G-3, G-20, etc.) y las ONGD y otras fuerzas sociales progresivas, y de política realista y educación de masas en todas partes, es posible, apelando a la ética

² *Cosmópolis. La agenda oculta de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001 y *Regreso a la razón. El debate entre la racionalidad y la experiencia y la práctica personales en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Península, 2003.

y al egoísmo ilustrado, movilizar los recursos necesarios durante un tiempo suficiente. ¿Será posible? En los primeros meses de 2006 la FAO constató que, al ritmo actual, los ODM se alcanzarían no en 2015 sino en 2150. Sachs apostilla: «La cuestión no es predecir lo que sucederá, sino contribuir a forjar el futuro. Esta tarea es colectiva: les corresponde a ustedes tanto como a mí».

Sólo el error político parece obstaculizar el logro de los ODM pues *bastaría con que los países ricos cumplieren sus compromisos adquiridos de ayuda y apertura de mercados a los más pobres*. Rehusar la cooperación suficiente equivale a cometer a sabiendas un genocidio indirecto por denegación de auxilio.

Y ahora, para finalizar, algo totalmente diferente: vamos al punto débil.

El riguroso y preciso plan de Sachs asegura el éxito local de las estrategias, pero no las consecuencias no previstas de efectos no lineales a nivel global. Él mismo menciona de pasada algunas «condiciones de entorno» imprescindibles, como que las exportaciones de esos países aumenten y se diversifiquen y tengan precios estables. La ausencia de estas condiciones es un factor de fracaso económico que Sachs menciona pero del que no parece inferir nada *político*: no habría habido un «despegue» indio si hubiera intentado competir con China únicamente en el nicho de las manufacturas intensivas en mano de obra en lugar de volcarse en los servicios buróaticos y telemáticos; la modélica república de Ghana no ha sabido cómo diversificar su principal exportación, el grano de cacao; junto a su estructural indefensión ante los huracanes, el desplome del precio del café ha empobrecido aún más a Centroamérica. Si procesos aislados como estos entran simultáneamente en sinergia a escala global nadie puede prever el resultado. Pero la noción de «comercio justo» no destaca en este libro.

El defecto del análisis reside en que asume que el crecimiento es lineal; y es cierto que *a muy largo plazo* puede permitirse obviar las depauperadoras y destructivas crisis de sobreproducción que hundien precios y desatan depresiones devastadoras. Pero aunque advierte que cuanto más crece una economía más tienden a reducirse sus ritmos de crecimiento iniciales, no concluye lo obvio: que, salvo que ocurra una inesperada revolución tecnológico-energética, la tendencia debe conducir a un *estado estacionario* (con desarrollo cualitativo sobre una base de recursos naturales potencialmente mejorable) por debajo del nivel de rebosamiento de la capacidad de carga del planeta. Eso, o el colapso³.

Peor aún, todo el plan de Sachs es un (creativo y competente) ejercicio *contable*. Sin duda los más pobres necesitan dinero para comprar *cosas*: desde medicamentos y cemento hasta máquinas de coser y parques eólicos; pero, aunque estamos más allá de los límites de explotación *física* del planeta —próximos al inicio del colapso, como siguen advirtiendo Jorgen Randers y los Meadows⁴—, Sachs si-

³ Véase el juicioso, cabal y documentado análisis histórico de Jared Diamond, *Colapso*, Debate, 2006.

⁴ Donella Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows, *Limits to Growth: The 30-Year Update*, Chelsea Green, 2004.

que siendo, también, un optimista de mercado: si se avecina una era de escasez, ¿qué mejor mecanismo para gestionarla que los precios de un mercado abierto y juiciosamente regulado? Serán imprescindibles, cierto. ¿Serán suficientes? El mercado nunca basta en lo referente a bienes públicos, como la sostenibilidad. Así lo reconoce Sachs al asumir, implícitamente, y con ello contribuir a confirmar su propia, destructiva, profecía, que será imposible detener el cambio climático: Habrá que «ayudar a los países pobres para adaptarse al actual *cambio climático* a largo plazo, y que se debe, en gran proporción, a los países ricos» (pp. 420-421) ¿Cómo podría esperarse que se organizase y prevaleciese en esos países un desarrollo sostenible y equitativo cuando no lo logran las instituciones de los países más avanzados? No es impensable, pero sí improbable que el tipo de fuerzas que se congregan en los «foros sociales» prevalezcan sobre las que se reúnen en las cumbres y foros «económicos».

Empero, no es inconcebible que la economía mundial pueda crecer armónicamente por una vez y que el colapso ambiental se demore algún tiempo. Ahora bien, ¿no competirán esos países, algo más prósperos, por recursos cada vez más exiguos? ¿No asistimos a las tensiones derivadas de la entrada masiva de China e India en un mercado petrolero próximo al límite de su capacidad?⁵ Sin relacionarlo con esta cuestión, Sachs reflexiona al comienzo del libro sobre el fracaso de la «primera globalización» (*more* colonial), que colapsó en 1914; cita *La gran ilusión* (1910), del Premio Nobel de la Paz, Norman Angell, que intentó sin éxito una profecía autovalidadora al escribir que una Gran Guerra supondría el desastre para economías nacionales tan interdependientes como las europeas; y comenta: «Angell subestimaba por completo las irracionalidades y los procesos sociales que conducen a resultados devastadores, incluso cuando no tienen ningún sentido» (p. 82); y, a continuación, suscribe el diagnóstico de Keynes: aquel intento fue víctima de «Los proyectos y la política del militarismo e imperialismo, las rivalidades de razas y culturas, los monopolios, las restricciones y los privilegios [...]» (p. 84). Sachs es un optimista tecnológico y, por ende, histórico; de ahí que no parezca advertir que estas palabras podrían figurar hoy en las denuncias portoalegrinas. ¿Están libres nuestras multinacionales de la arrogancia de los magnates del carbón y el acero de entonces? Y ¿qué seguridad hay de que la diplomacia contemporánea sea más cauta y sensata que la de hace un siglo? No fuimos a la guerra por el 11-S ni por Irak, ¿iremos por Irán o por Pakistán, por Nigeria o por Egipto?

Sachs es un patriota estadounidense, un estudioso cosmopolita y, acaso por encima de todo, un liberal cuyo valor supremo es la libertad individual, de la que es condición la democracia, que a su vez prospera mejor con un sistema económico «racional» (mixto: libre mercado + responsabilidades públicas) basado en el progreso de la investigación científica y técnica, y cuyas condiciones de entorno

⁵ Richard Heinberg, *Powerdown. Options and Actions for a Post-carbon World*, Gabriola Island (Canadá), New Society Publishers, 2004. Paul Roberts, *El fin del petróleo*. Barcelona, Ediciones B, 2004.

ideales vendrían dadas por una ONU que fuese una federación global kantiana para una paz universal perpetua. Ese es su sueño. Podría ser el de muchos, pero ¿cómo impedir que seamos *irracionalmente* mezquinos y tacaños en una sociedad cuyo máximo rito sacro es el consumo? ⁶.

JUAN MANUEL IRANZO
Universidad Pública de Navarra
JUANMAIRANZO@terra.es

⁶ Randall Collins, *Interaction Ritual Chains*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2004.
Luis Enrique Alonso, *La era del consumo*, Siglo XXI, 2005.